



Investigaciones sobre africanos y afrodescendientes en México: acuerdos y consideraciones desde la historia y la antropología

Maria Elisa Velázquez, Odile Hoffmann

► To cite this version:

Maria Elisa Velázquez, Odile Hoffmann. Investigaciones sobre africanos y afrodescendientes en México: acuerdos y consideraciones desde la historia y la antropología. *Diario de Campo*, 2007, 91, pp.62-68. halshs-00463308

HAL Id: halshs-00463308

<https://shs.hal.science/halshs-00463308>

Submitted on 11 Mar 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Publié dans

Velázquez, María Elisa y Odile Hoffmann, 2007, "Investigaciones sobre africanos y afrodescendientes en México: acuerdos y consideraciones desde la historia y la antropología", pp62-68, Diario de campo N°91, marzo/abril 2007, INAH, México

Reflexiones Diario de Campo

Investigaciones sobre africanos y afrodescendientes en México: acuerdos y consideraciones desde la historia y la antropología

Dra. María Elisa Velázquez, DEAS
Dra. Odile Hoffmann, CEMCA
Febrero, 2007

Se han cumplido ya, 60 años desde la primera edición del libro de Gonzalo Aguirre Beltrán sobre la población de origen africano en México. Desde entonces, muchas investigaciones históricas y antropológicas sobre el tema se han realizado. En especial, a lo largo de los últimos 15 años se han dado a conocer avances sustantivos sobre su presencia y participación en la historia de México, fundamentalmente en el periodo virreinal, y trabajos antropológicos sobre comunidades de afrodescendientes en la Costa Chica de Oaxaca y Guerrero, así como en Veracruz y otras regiones del país. También, los espacios académicos dedicados a su estudio en México han crecido y se han impulsado convenios para enriquecer las perspectivas de investigación. En la esfera nacional, desde el programa Tercera raíz, y en la escena internacional con el programa Ruta del esclavo, el tema ha despertado interés. Por su parte, el seminario permanente *Poblaciones de origen africano en México* adscrito a la DEAS del INAH ya cumplió 10 años de realizar sesiones de trabajo tres veces al año, congresos internacionales, conferencias, cursos, exposiciones y publicaciones. En este sentido es importante hacer notar que en el INAH se ha logrado consolidar una colección titulada *Africanías* dedicada a publicar libros sobre el tema. Así mismo instituciones como el CIESAS, CEMCA, el CCYDEL y el PMNM de la UNAM y universidades como las Guanajuato, Veracruz, Estado de México y Guerrero han desarrollado proyectos importantes en este sentido.

Después de años de investigación y reflexión creemos pertinente dar a conocer algunas consideraciones con relación a la forma de abordar esta temática, sobre todo,

ante el surgimiento de estudios que muchas veces niegan la trayectoria de investigación en México, menosprecian los aportes de los trabajos recientes y retoman viejos problemas, en muchos casos superados desde hace tiempo. Es cierto que nos quedan muchas interrogantes por responder y un largo camino de nuevos temas que incursionen con fuentes de primera mano y con trabajo de campo serio y dedicado. Sin embargo, creemos que es momento de dejar constancia de algunas reflexiones con el deseo de que contribuyan en las futuras investigaciones. A continuación enumeramos las principales discusiones, reflexiones y propuestas que en los últimos años hemos abordado para el estudio de los africanos y sus descendientes en México.

1. Lo que sabemos y lo que se ha aportado

Existe ya una vasta bibliografía sobre el tema, decir que las investigaciones sobre la población de origen africano en México son nuevas, simplemente revela que no se han consultado los trabajos que por lo menos durante casi veinte años se han realizado. Sobre revisiones historiográficas o bibliográficas se han publicado varios trabajos,¹ por lo que en este espacio sólo haremos una semblanza de los principales temas que se han trabajado hasta la fecha y de los que quedan por investigar.

Gracias a los datos que han aportado muchas investigaciones a lo largo de casi 60 años, sabemos que alrededor de 250 000 africanos, hombre y mujeres, llegaron de manera forzada a México durante el periodo virreinal, fundamentalmente entre 1580 y 1650; conocemos que desempeñaron diversas actividades en casi todas las regiones del territorio novohispano; hemos detectado que gran parte de ellos provenían de culturas de África Occidental, Central y del Sur, es decir, de las grandes regiones de Senegambia, Guinea, el Congo, Angola y Mozambique.

¹ Ver, entre otras: Serna, Juan Manuel de la, "La esclavitud africana en la Nueva España. Un balance historiográfico comparativo", en Juan Manuel de la Serna, (coordinador), *Iglesia y sociedad en América Latina colonial. Interpretaciones y proposiciones*, México, UNAM, 1998; María Elisa Velázquez y Ethel Correa (compiladoras) *Poblaciones y culturas de origen africano en México, México*, INAH, 2005 (Serie Africanías 1); Cristina Díaz, Queridato, matrifocalidad y crianza entre los afroestizos de la Costa Chica, México, Conaculta, 2003. Hoffmann, Odile, "Negros y afroestizos en México: viejas y nuevas lecturas de un mundo olvidado", *Revista Mexicana de Sociología*, 2006, num.68/1, pp103-135, Y Afromexico, aunque nos cueste...? Ben Vinson III y Bobby Vaughn, *Afroméxico. El pulso de la población negra en México: una historia recordada, olvidada y vuelta a recordar*, México, CIDE-Fondo de Cultura Económica, 2004.

Las investigaciones, a través de fuentes documentales, como contratos de compra venta, denuncias inquisitoriales, testamentos, avalúos, matrimonios o juicios, entre otros muchos, han demostrado que los africanos y sus descendientes no fueron un grupo homogéneo; es cierto que la mayoría arribó como esclavos, pero muchos lograron adquirir la libertad y obtener mejores condiciones de vida para ellos y sus descendientes. Los hemos localizado desempeñando trabajos en haciendas, ingenios, minas y obrajes, pero también, en gremios, formando parte de las milicias, como arquitectos, pintores o cantores famosos y encabezando movimientos de resistencia como el de Yanga en Veracruz. También hemos recuperado la vida de mujeres encabezando familias, luchando por sus derechos y los de sus hijos y realizando un sinnúmero de actividades fundamentalmente en el servicio doméstico. A través de monografías y estudios en zonas rurales y ciudades se han documentado las diferencias entre la esclavitud de plantación y la doméstica, y se han aportado nuevas perspectivas sobre las complejas relaciones familiares, sociales y culturales que se gestaron en aquel periodo. Temas como la trata esclavista, el trabajo y la economía colonial, los movimientos de resistencia, no sólo el cimarronaje y los motines, sino también las acciones y prácticas culturales que se manifestaron contra el dominio y la sujeción en la vida diaria, también han sido motivo de varias investigaciones. Así mismo, se han realizado algunos trabajos interesantes en lingüística, literatura y etnomusicología.

Los estudios, sobre todo de investigaciones históricas en México, han insistido en la importancia de distinguir las características de las distintas periodos del virreinato y de las fuentes documentales. Por ejemplo, hace falta indagar cómo influyeron las ideas de la Ilustración y los cambios económicos y políticos en la sociedad virreinal y en la población de afrodescendientes o la identificación de ciertas fuentes que puedan aportar ciertos dato más certeros sobre la participación de este grupo. Hemos insistido en que el contexto de cada periodo y espacio determina situaciones sociales y culturales que vivieron los africanos y sus descendientes. En tiempos de la colonia temprana por ejemplo, las relaciones socioraciales, si bien existían, no jugaban el papel determinante que llegaron a tener en épocas ulteriores en los que el color, el estatus y la posición social se vieron estrechamente ligados, imponiendo barreras y relaciones de dominación severamente codificadas. Estas distinciones permiten deslincar otras vías posibles de configuraciones socioraciales, que no prosperaron frente a la imposición del modelo

racialista del XVIII-XIX pero que, en el caso de México, dejaron sembradas otras realidades socioraciales como la de un mestizaje específico del cual hablaremos más adelante.

Así mismo, los estudios en México han subrayado el carácter diverso y heterogéneo de los africanos y sus descendientes en la sociedad novohispana; se han documentado las complejas relaciones entre los grupos culturales y entre los mismos africanos y descendientes, a veces de alianza y solidaridad, pero otras de sujeción y servidumbre, de rivalidades y antagonismos.

En México se pueden distinguir tendencias académicas para el estudio de la población de origen africano, basadas en la influencia de la historiografía económica, regional, demográfica, social y cultural, pero también fruto de los debates y aportes de años de investigación y reflexión sobre el tema. Se ha demostrado la importancia de incorporar en el análisis los enfoques de la antropología, de la historia cultural, las perspectivas de género y se han destacado las aportaciones de otras fuentes como las manifestaciones artísticas, la tradición oral y las obras literarias.

Los trabajos antropológicos también han crecido de manera significativa. Se han estudiado diversas manifestaciones culturales a través de la música, las fiestas, los rituales o las danzas. Asimismo se han realizado trabajos comparativos de zonas como la Costa Chica y Veracruz, insistiendo en las diferencias y en las características específicas de cada región. Por otra parte, se han investigado problemáticas sobre identidad, racismo o discriminación, memoria y parentesco. La cohesión social y cultural no se reduce a compartir “rasgos comunes” que se buscan –y se encuentran- en el trabajo de investigación, sino que se analiza en términos de procesos complejos en los que intervienen múltiples agentes, a distintos niveles, desde distintos ámbitos culturales, políticos y económicos.

En resumen, tenemos ya un capital de conocimientos acumulados desde diferentes perspectivas metodológicas y teóricas, lo que no impide que haya grandes lagunas que intentamos precisar a continuación.

2. Lo que nos falta por abordar

A pesar de los avances siguen pendientes muchas interrogantes. Por una parte, es necesario explorar nuevos archivos y descubrir fuentes de regiones que no han sido estudiadas, como el norte de México. Incluso son necesarias investigaciones de regiones básicas para la comprensión de la presencia africana en México, como por ejemplo, una historia integral de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca; aunque hemos comenzado, todavía no tenemos una historia bien documentada sobre los africanos y sus descendientes es esta región y llama la atención que, por ejemplo, la historia de los africanos en el puerto de Acapulco y en el camino conocido como el de China que llegaba hasta la ciudad de México siga pendiente. Para los antropólogos, tan interesados en esta región, faltan por lo tanto piezas indispensables en el rompecabezas, para entender los procesos históricos de esta zona. En este sentido poca atención han merecido la Costa Grande de Guerrero y otras regiones de México.

También es necesario abordar, a pesar de limitaciones de las fuentes, criterios más creativos para el estudio de periodos históricos como el siglo XIX. El uso de fuentes artísticas, de crónicas o de censos ha demostrado que es posible estudiar esta época bajo otras ópticas que nos permiten encontrar a los grupos de afrodescendientes en las distintas regiones de México. Son además necesarias reflexiones sobre la ideología del liberalismo y los cambios políticos que influyeron en el carácter que fue tomando el mestizaje como símbolo de nacionalismo y cómo afectó a estos grupos de afrodescendientes.

Ya mencionamos que se han identificado las regiones y culturas originarias de los africanos, pero aunque hemos comenzado, falta mucho trabajo por hacer. Necesitamos saber más sobre las características de sus culturas, relaciones sociales y familiares, de sus comovisiones, religiones y costumbre. ¿Cómo analizar y distinguir las prácticas de origen africano cuándo no hemos estudiado estas culturas? Colin Palmer lo señaló hace varios años: es necesario conocer la complejidad de la historia y las culturas africanas para demostrar cómo el trasfondo africano modificó la manera en que enfrentaron y organizaron su vida en la Nueva España. Así mismo, falta identificar otras regiones de origen que hemos descuidado, como las de Africa Oriental a través de la ruta del Mar del Sur por el Pacífico. Lejos de buscar “autenticidad” o “verdaderas

culturas”, raíces fijas e inamovibles que explicarían situaciones actuales en México por su lejano origen en Africa, se trata de entender la riqueza de las hibridaciones, los ritmos y formas de transculturación, los procesos históricos de mestizaje y finalmente la constitución de una circulación planetaria, forzoza o libre pero siempre enmarcada en relaciones de poder. Esta fue de alguna forma la primera expresión de una globalización que hoy alcanza dimensiones e intensidades inéditas y se analiza bajo el concepto de diáspora..

Aunque llevamos muchos años de diálogo entre historiadores y antropólogos es necesario incrementar la reflexión conjunta de datos y formas de interpretación. En este sentido hacen falta etnografías más integrales con trabajo de campo serio

En particular, es imprescindible rebazar la sectorialización de los estudios y aprehender conjuntamente afrodescendientes, indígenas, blancos, ladinos, mestizos y blancos en sus diversidades e imbricaciones, más allá de un modelo “interétnico” que sigue compartimentando las sociedades regionales en grupos separados. Estudiar los márgenes de las clasificaciones y las categorías (ser a la vez negro y mestizo, indio y negro), las desviaciones, las contradicciones asumidas, las subversiones del orden racial, podría abrir pistas novedosas que dejarían lugar a la creatividad social de los individuos y sociedades de las diversas épocas.

De la misma forma, es urgente asumir lo que empieza a conocerse como la “interseccionalidad de las identidades”, que no es otra cosa que la multidimensionalidad (uno es a la vez negro, hombre, rico, viejo, padre y autoridad local por ejemplo). La identidad étnico-racial se cruza en permanencia con otros regímenes de identificación, El más conocido y estudiado es sin duda el cruce raza-clase, aunque tampoco ha merecido toda la atención necesaria en México, sobre todo en estudios contemporáneos que suelen poner énfasis en lo étnico, pero deberíamos integrar también la dimensión religiosa y la de género. Es decir, reconocer que una identificación, sea étnica, racial o de otra índole, sólo se activa en campos de interrelaciones y retroacciones múltiples, donde los estigmas y las determinaciones se cumulan o se compensan según las configuraciones globales en las que se enmarcan.

Siguiendo esta línea, los estudios podrían aportar datos empíricos acerca de las posiciones asumidas por unos u otros, haciendo hincapié en los patrones de repartición de los recursos disponibles, accesibles o inaccesibles a ciertos grupos de población. En medio rural, uno piensa inmediatamente en la tierra y en la configuración agraria que determinan en gran medida las posiciones de poder y dominación en un espacio dado. En medio urbano, los recursos son más diversificadas (artesanía, empleo doméstico, comercio, servicios), pero su distribución igualmente responde a modelos de regulación impuestos o negociados según la posición de los actores sociales, misma que integra, al lado de otras, la identificación étnico-racial.

Estas pistas, y las que están por inventar, coincidirían en un mismo esfuerzo, el de rechazar las simplificaciones y ubicar, contextualizar y posicionar mejor las dinámicas étnicas y raciales, que tienen su especificidad, dentro de un espectro más complejo de interacciones, en nuestras sociedades como en las que nos antecedieron.

Asimismo, es importante enriquecer el diálogo y la reflexión con otras disciplinas y con investigadores de Centro y Sudamérica, así como con especialistas que han realizado trabajos sobre otros grupos culturales y que pueden aportar experiencias y enfoques para enriquecer nuestras investigaciones. Ciertamente cada contexto determina y limita el potencial de comparación, pero a la vez lo amplía y lo alimenta con las similitudes, contradicciones y diferencias. La comparación permite ubicar los puntos de divergencia o convergencia en el tiempo, el espacio y en los procesos, explicando así los factores de dinámica propia o compartida².

² Por ejemplo el proyecto IDYMOV, Identidades y movilidades (proyecto CIESAS-IRD-ICANH, con financiamiento Conacyt 2003-2006) ha trabajado situaciones indígenas y afrodescendientes, en Colombia y en México. Partiendo de categorías identitarias usadas por los propios actores (como indígenas, comunidades negras, protestantes), desemboca en un análisis político que subraya el papel del discurso multicultural en la definición de grupos separados, el empoderamiento que favorece pero también la instrumentalización política que luego permea las relaciones en el sentido de mayor antagonismo. Ver Odile Hoffmann y María Teresa Rodríguez

Por otra parte, se han publicado y difundido nuestros trabajos, pero también falta mucho por hacer en este sentido. Existen muchas tesis de licenciatura y posgrado que buscan innovar y explorar situaciones poco conocidas. Pero es interesante y problemático subrayar que, muchas veces, no desembocan en tesis de doctorado. ¿Será por falta de profesores comprometidos con el tema? o por la falta de credibilidad que todavía pesa sobre el tema en México? ambos siendo síntomas de un déficit de reconocimiento no exento de racismo silencioso hacia las poblaciones de origen africano y sus descendientes. En todo caso, es necesario impulsar mayor número de publicaciones y crear mecanismos de difusión al alcance de la sociedad.

Las encuestas sobre discriminación revelan que es necesaria la información y la reflexión sobre otros grupos culturales como el de los afrodescendientes en la formación de México.

Esto de por sí es un tema entero. Dónde lo ubicamos?

3. El problema del mestizaje

El término de mestizaje en el marco de la historia nacionalista y su versión oficial parece dificultar la investigación de la población de origen africano en México. Desde hace varios años lo han señalado así investigadores como Catherine Good, Antonio Machuca y Colin Palmer. Para muchos estudiosos, este concepto niega la importancia y participación de otros grupos (que no sean indígenas y españoles) en el proceso de la conformación histórica de México. Durante siglos, quizá desde finales del siglo XVII, con el desarrollo del pensamiento criollo, se ha enaltecido la presencia de estas dos únicas raíces, como si además “lo español” y “lo indígena” fueran culturas uniformes. Varios antropólogos e historiadores han señalado que el mestizaje como un fenómeno

(editoras), “Construir y vivir la diferencia, los actores de la multiculturalidad en México y Colombia”, CEMCA-CIESAS-IRD-ICANH. México, en prensa.

bi-racial indígena y español ha servido para ocultar el carácter pluriétnico del mestizaje real.³

Algunos investigadores estadounidenses han sido todavía más radicales en la opinión sobre este término. Por ejemplo, gran parte de ellos reconocen, de manera irremediable, los avances y el número creciente de los estudios en México sobre el tema, sin embargo, reprochan a la academia mexicana “una tendencia a ver el análisis de los negros desde la óptica asimilacionista y como parte del mestizaje”. Según Ben Vinson III, los estudios mexicanos, incluso los de Aguirre Beltrán, han estado prejuiciados bajo el “contexto ideológico del mestizaje nacionalista unificador”.⁴

Debemos reconocer, que como concepto ideológico, el mestizaje ha negado la presencia de otros grupos culturales en la historia de México, disolviendo la diversidad de pueblos y negando su participación, así como ocultando las grandes diferencias de clase, estrato social o región.⁵ Sin embargo, negar este proceso de intercambio y recreación en todos los ámbitos, tampoco es la solución. Creemos que debemos partir por revisar y retomar el contenido de este término desde un enfoque más inclusivo, como lo han hecho otros historiadores. Enrique Florescano, por ejemplo, en su análisis sobre la sociedad virreinal, hace énfasis en el carácter pluriétnico, en el choque e intercambio de culturas y caracteriza al virreinato “como una sociedad nueva, integrada con los contenidos profundos de las diversas culturas participantes, pero distinta a sus matrices originales.” Destaca también los procesos que originaron un nuevo tejido étnico, social, económico, político y cultural con desigualdades y contradicciones.⁶

En este sentido, creemos que es importante considerar en las dinámicas históricas y contemporáneas de México procesos de intercambio, transformación y reproducción cultural. Podríamos así identificar cómo los africanos y sus descendientes fueron creando y transformando “su cultura” frente a los retos de la vida cotidiana y la

³ Antonio Machuca, Presentación en María Elisa Velázquez y Ethel Correa (compiladoras) *Poblaciones y culturas de origen africano en México*, México, INAH, 2005, p.13 (Serie Africanías)

⁴ Ben Vinson III y Bobby Vaugh, *Afroméxico. El pulso de la población negra en México: una historia recordada, olvidada y vuelta a recordar*, México, CIDE-Fondo de Cultura Económica, 2004.

⁵ Catherine Good, “El estudio antropológico-histórico de la población de origen africano, en María Elisa Velázquez y Ethel Correa (compiladoras), *Poblaciones y culturas de origen africano en México*, op.cit., p.153.

⁶ Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, México, Editorial Cal y Arena, México, 1992, pp.43 y 44.

convivencia con otros grupos, y “la cultura” de la sociedad global que contribuyeron a construir. Entonces el mestizaje no es necesariamente disolución y negación que limita la diversidad y pluralidad; es también recomposición y creación. No se trata, sólo de entender la transformación del indio en mestizo o la asimilación del africano por la cultura mestiza,⁷ pero sí de entender los procesos, transformaciones o apropiaciones de nuevas o distintas dinámicas sociales, económicas y culturales.

Un enfoque no debe ocultar al otro. Ambos son necesarios. La academia no puede ignorar la simultaneidad de procesos contradictorios de identificación y posicionamiento social, político, cultural y económico. Uno es a la vez “negro” y “mestizo”, “indígena” y “ladino”, y lo mismo con las decenas de términos que nos falta entender a cabalidad en toda su diversidad semántica, simbólica y política.

4. El problema de las raíces y los orígenes

Sobre el tema de identificar los aportes de las culturas de origen africano se ha discutido mucho; algunos investigadores, sobre todo antropólogos, cuestionan el interés por encontrar o distinguir las expresiones africanas en los estudios históricos o etnográficos. Debemos recordar que uno de los objetivos de la historia radica precisamente en encontrar huellas en el pasado, como testimonios, que dan y aportan sentido a las preguntas del presente. Las huellas, no necesariamente reflejan rasgos “puros”, por el contrario, revelan procesos de cambio en sí mismos, apropiaciones culturales, nuevas creaciones, que sirven justamente para comprender las dinámicas históricas y conocer los procesos de transformación. En este sentido es importante hacer notar que la cultura es una herramienta que responde a las necesidades, deseos o voluntades de las personas, de las comunidades.

⁷ Catharine J. Good, “El estudio antropológico-histórico de la población de origen africano”, en María Elisa Velázquez y Ethel Correa (compiladoras) *Poblaciones y culturas de origen africano en México*, op.cit., p.158.

Como las demás ciencias sociales dedicadas a las épocas contemporáneas, la historia busca reconocer procesos, los actores y las ideas que los soportan. Por lo tanto la historia no busca “rasgos” por su significado en sí, sino para ubicarlos en la gran cadena de determinantes... SEGUIR, pero cuidado con repeticiones, por ejemplo con el punto 2 de la pagina 5..

La historia tiene el compromiso de preguntar sobre el pasado para entender el presente, no como algo atemporal o estático, sino creativo y en continuo movimiento. Por ejemplo, el saber que una africana era wolof del occidente de Africa, nos revela costumbres y comovisiones que nos sirven para comprender las características de las relaciones familiares que estableció, la forma de vivir o enfrentar la esclavitud o la contribución cultural que aportó a través de la crianza de los hijos de criollos y españoles en la ciudad de México.

El diálogo entre la historia y antropología, permite comprender estos procesos y contribuye a que las sociedades y a las distintas comunidades se reconcilien con su pasado y enfrenten los retos presentes y futuros. Por ello, el término la “tercera raíz” tampoco agota la explicación de la presencia de los africanos en México. No es tercera sino que participa conjuntamente con muchas otras, al lado de la indígena y la europea y de otros múltiples cruces, donde a veces es minoritaria y aveces no, dominada pero no siempre, silenciada pero activa, etc, No es sólo raíz sino, si se quiere seguir con la metáfora, ramaje, flor y botón a la vez: participa de la inmensa variedad humana y de su capacidad permanente de cambio y transformación.

5. Las categorías o denominaciones

Hemos reflexionado sobre los términos y conceptos que nos ayudan a comprender los fenómenos históricos y las dinámicas actuales con relación a la presencia de africanos y afrodescendientes en México. Entre otras interrogantes han estado presentes las siguientes: ¿cómo los identificamos y distinguimos? ¿sólo a partir de rasgos físicos y color de piel? ¿cómo entender los procesos y construcciones culturales sin disolver o

negar la presencia africana? En suma, ¿cómo no imponer al pasado el significado cultural del presente?

Como construcciones históricas, las categorías para identificar a diversos grupos sociales responden a circunstancias temporales y espaciales concretas. En este sentido recuperar los términos para denominar a grupos como el de origen africano como mulatos, negros o zambos, comprendiendo las dinámicas históricas es indispensable. También en los estudios antropológicos es imprescindible entender los contenidos de estas denominaciones cuando en las regiones o comunidades que estudiamos se habla de morenos, negros o costeños.

Sin embargo, es necesario distinguir estas categorías en el análisis académico y en la difusión de los estudios sobre el tema. Repetir los prejuicios o estereotipos que desde la época virreinal se han utilizado para menospreciar o negar la presencia de este grupo, limita la reflexión y reproduce ideologías discriminatorias. En este sentido, creemos que deben reconocerse los límites de estas denominaciones, sí distinguimos y reconocemos las culturas de origen de los africanos y de otros grupos del periodo colonial, hablamos de mandingas, wolofs, bantus, nahuas, mayas o castellanos. Con ello podemos enriquecer nuestros análisis y dotar a los sujetos y grupos sociales, de la historia que les pertenece. Ello no significa negar desarrollo, transformación y nuevas realidades. Podemos distinguir el origen mandinga de un ritmo en la música de Michoacán, pero también su combinación con un acorde sevillano; también podríamos identificar un ritual bantú con oraciones cristiana rezadas en nahuatl; asimismo podríamos ayudar a explicar a las comunidades de afrodescendientes, las características de sus expresiones culturales y de sus rasgos físicos. En suma proponemos revisar los límites de categorías que niegan u obstruyen el análisis, dotándolas de nuevos significados y explicando su desarrollo.

Reconocer orígenes para entender mejor sus devenires. Por ejemplo en lingüística. Son muchos las palabras de origen africano en la toponimia e incluso en el lenguaje de México actual. Pero el interés no reside tanto en ubicar marcas de “lo banto” y “lo mandingue” en tal o cual habla local, y menos de interpretarlas como prueba de presencia de esclavos de tal o cual origen en este lugar. Al contrario, el análisis demuestra la permanencia de un circuito transatlántico planetario que unía las costa de

Europa, Africa y América en los siglos XVI-XVII, alrededor del comercio legal o de contrabando, de mercancía y de esclavos, y que se plasmó en un habla compartido a lo largo de un “anillo transatlántico” (CK) que hoy sigue vigente en las costas de América. Por supuesto existen variantes, identificadas por ejemplo en el “Caribe andaluz” mexicano (Calvo, García de León) SEGUIR

No buscar “la significación” única y “verdadera” por encima de las demás, menos “una verdad” a la que todos podrían adherir,
Sino entender los procesos de construcción de sentidos, en distintos momentos y espacios, para entender lo que hoy conocemos..